

Disponibilidad infinita. Acerca de la hipercomunicación (y la vejez)

Hans Ulrich Gumbrecht

(Universidad de Stanford, Estados Unidos)

Traducción: Elaine Padilha Guimarães

1-Tenemos más oportunidades de comunicarnos de las que jamás habíamos tenido hasta ahora en la historia del *homo sapiens*. Ese es el hecho elemental a que me refiero con el término *hipercomunicación*, y me abstengo de afirmar si la hipercomunicación es algo muy bueno o muy malo. La frecuencia con que hablamos unos con los otros personalmente hoy en día, eso es, en presencia física mutua, muy probablemente no ha aumentado, pero, posiblemente, tampoco ha decrecido dramáticamente en el curso de las últimas décadas. Si tenemos más oportunidades de comunicar que nunca en el pasado, en el sentido de llevar a cabo interacciones basadas en la utilización de los lenguajes naturales, entonces ese aumento es claramente una función de los aparatos técnicos cuyos efectos neutralizan las consecuencias de la distancia física y también, a veces, de la distancia temporal. El teléfono y el correo electrónico, el radio, el gramófono y la televisión son tales aparatos. Desde luego, hay una diferencia estructural básica que distingue, de un lado, el teléfono y el correo electrónico, que son medios que permiten el intercambio y el efecto mutuo y, de otro, los medios más *asimétricos* como la radio, el gramófono y la televisión, donde solamente los individuos en la posición –irreversible– de receptadores perciben a los que inician la comunicación, sin jamás obtener una respuesta inmediata.

Sin embargo, las más fascinantes herramientas de comunicación electrónica son las que producen la impresión de una interacción a distancia, aunque solo haya un cuerpo que participe. Diferentemente de los espectadores que, sobre todo en el siglo XVIII, quedaban asombrados con esas máquinas jugadoras de ajedrez, nosotros sabemos muy bien que no hay un empleado del banco o de nuestra compañía aérea tratando con nosotros cuando utilizamos,



por ejemplo, un cajero automático o cuando hacemos el *check-in* en el aeropuerto valiéndonos de una pantalla. Tampoco somos engañados por las voces, en su mayoría femeninas, que prestan presencia espacial al sistema de navegación en nuestro coche. Aún así actuamos –y nos gusta actuar– como si una persona real estuviera al otro lado. Hablando con sinceridad, ¿quiénes alguna vez no trataron a la dama de la navegación de *puta*? ¿Quiénes alguna vez no se sintieron encantados o hastiados por el lenguaje cortés, la eficiencia y el diseño de esas pantallas de aeropuerto que nos auxilian para tomar nuestro vuelo?

La sentencia con que la que arranca el presente texto presupone, entonces, que estamos inclinados a incluir todos los tipos de *interacciones* que posibilita la técnica bajo el concepto de *comunicación*. Muchas de ellas, como la del cajero automático de la esquina, el aparato de *check-in* en el aeropuerto local o el servicio telefónico automático de la tarjeta Mastercard simplemente sustituyen instituciones anteriores y situaciones de interacción cara a cara. Nunca son exactamente lo mismo que las estructuras que los precedieron, pero las diferencias entre la persona real (anteriormente) y la función electrónica (hoy día) permanecen en un nivel tal que se evitan confusiones. Creo también que esa es la razón decepcionantemente banal para el hecho de que esos nuevos tipos de comunicación permeados por la tecnología, al fin y al cabo, no han inspirado las teorías realmente capitales y grandiosas que nosotros habíamos esperado (recuerden con que entusiasmo leímos a Jean Baudrillard, Vilém Flusser y Paul Virilio). Evidentemente, estamos lejos de poner las tentaciones adictivas del correo electrónico bajo control absoluto. Sin embargo, eso no resulta tan distinto del hecho de que, por miles de años, la gente haya perdido tiempo en conversaciones inútiles cara a cara.

La innovación que esos aparatos representan, por lo tanto, no reside en cualesquiera de los rasgos distintivos por medio de los cuales estos reproducen o superan la performance potencial de un ser humano: la innovación está en su ubicuidad. Sin sombra de duda, el número de cajeros automáticos que utilizamos hoy en día, veinticuatro horas por día, siete días a la semana, aventaja el más alto número de empleados de banco jamás contratados y remunerados para proveer a los clientes con dinero efectivo. Las compañías aéreas esparcen más



ampliamente su presencia acogedora a través de los edificios de los aeropuertos por medio de esas pantallas táctiles de lo que jamás habrían sido capaces si hubieran estado limitadas a un espacio continuo para el *check-in*. Lo que quiera que necesitemos, parece estar mucho más disponible que antes por medio de la comunicación electrónica. No obstante, lo queramos o no, nosotros, los que utilizamos cajeros automáticos o pantallas táctiles, también nos tornamos más disponibles.

Tengo el envidiable privilegio de poseer una pequeña oficina en el medio de la biblioteca de mi universidad, cuyo ocupante (y yo soy el presente ocupante) permanece anónimo. Entre otras cosas, esta oficina, diferentemente de mi otra oficina en el campus, donde veo a los estudiantes y colegas, estaba pensada para protegerme, o más bien resguardarme a la distancia de la invasión de la comunicación electrónica (y cualquier otro tipo de comunicación que yo no elija activamente), como el espacio privado de mi casa donde tampoco utilizo correo electrónico. Solía ocuparme de las centenas de mensajes de e-mail que recibo en un día normal de trabajo durante períodos de tiempo deliberadamente limitado por las mañanas y las noches en mi oficina del campus, mientras el tiempo en el cubículo de la biblioteca y el tiempo de trabajo en casa lo dedicaba exclusivamente a leer y escribir. Lo que ingenuamente no había tenido en cuenta era el extraño efecto diligenciador de mi computadora portátil, la cual había pretendido utilizar exclusivamente como una herramienta para la escritura, algo como una máquina de escribir electrónica muy mejorada. Un día, para mi sorpresa, su pantalla me hizo saber que, a causa de un *upgrading* en las instalaciones de la biblioteca para el nivel de espacio electrónicamente sensible, ponía ahora a disposición, en mi cubículo, todos los mensajes que yo había pretendido reservar para la computadora en la otra oficina del campus, haciéndome también a mí, de este modo, disponible para el mundo, absolutamente en contra de mi intención. Desde la perspectiva de mi trabajo personal y de mi bienestar, este exceso de disponibilidad significaba vulnerabilidad. Sé que la disponibilidad universal se considera generalmente como el principal efecto y el valor supremo e incondicional de la hipercomunicación electrónica. Ha sido celebrada como un valor democrático, pero es uno de esos valores democráticos que Nietzsche hubiera asociado a la



situación de esclavitud. Quienquiera que esté disponible electrónicamente tiene que romper todas las reglas democráticas de cortesía para evitar tornarse adicto al e-mail y victimizado por él. Es considerado descortés –y, por lo tanto, es difícil– no comunicar. Además de eso, la disponibilidad deshace todas las jerarquías y diferencias sociales. Casi todos los días recibo mensajes de estudiantes que me dicen que tienen una real necesidad de hablar conmigo, y que ellos considerarían un gran favor y un privilegio si yo concertara una cita con ellos y me hacen saber, además, en qué horarios y bajo cuáles direcciones de correo electrónico ellos estarán *disponibles*. ¿Cuán increíblemente anticuado es el hecho de que yo tenga regularmente la sensación de que en ese tipo de interacción y bajo tales condiciones debería ser mi privilegio exclusivo estar *disponible* o no?

2- Frente a todos esos dispositivos electrónicos, frente a la hipercomunicación como su efecto, inclusive frente a los intentos académicos muy de moda en teorizar sobre esta cuestión, adopto una posición semejante a la actitud de aquellos monjes, escribas y eruditos del siglo XV que temieron, criticaron y, al final, inclusive rechazaron activamente la imprenta. Mientras yo no creo, literalmente, que los aparatos de comunicación electrónica sean obra del demonio y que tengan un efecto de degradación en la cultura como un todo, muchas veces sucumbo a la tentación de describirlos como agentes y síntomas de la decadencia intelectual y hago un esfuerzo para aprender sobre ellos lo mínimo que me pueda permitir. Me he enterado de que mi universidad no me pude obligar legalmente a cambiar las computadoras de mi oficina cada vez que nos lo ofrecen. Y me regocijo con el shock de algunos de mis colegas cuando se dan cuenta, por ejemplo, de que el tamaño de la pantalla de la computadora en mi oficina está tres generaciones tecnológicas atrás de los que ellos consideran estándar. Sin embargo, dudo que sean capaces de explicarme de un modo realmente convincente por qué sería mejor tener una pantalla muy grande.

Tampoco compartí jamás la fe teleológica según la cual inventamos cosas cuando más las necesitamos. Claro que eso puede pasar al azar o como resultado de esfuerzo intenso, pero eso constituye, claramente, una excepción. Muchas veces –o quizás la mayoría de las veces– nuevos artefactos técnicos o



prácticas culturales surgen independientemente de las necesidades colectivas y de las prácticas culturales en su entorno. Y si una vez inventados, son ampliamente asimilados o no por una sociedad, no depende de su valor práctico y puede ser más bien motivado, por ejemplo, por su atractivo estético. No había ninguna real *necesidad* práctica de radio y televisión, por ejemplo, pero la radio, inmediatamente, y la televisión, después de un período de incubación, terminaron por modificar profundamente nuestras vidas y no solamente nuestro ámbito de ocio. Una vez que tales innovaciones fueron institucionalizadas, su existencia y su presencia pareció irreversible y es en ese sentido que Niklas Luhmann las llamó *conquistas evolutivas*. Una expresión que suena tan optimista encubre la experiencia de que muchas de las innovaciones a que nos referimos terminan por meter a los humanos en situaciones de dependencia y victimización que reducen drásticamente el marco de su acción y eficiencia. Es una ironía que algunas compañías del *Silicon Valley* estuviesen entre las primeras en advertir que perdían miles de millones de dólares, año tras año con fuerte incremento, debido a la adicción que impedía a sus empleados trabajar frente a una pantalla de computadora sin chequear sus e-mails cada par de minutos.

De todos modos, las llamadas *conquistas evolutivas* se están forzosamente incrementando, y, al incrementarse, producen la impresión de una trayectoria que podemos interpretar, de un modo hegeliano, como *históricamente necesaria*. Nadie será jamás capaz de probar o refutar la *necesidad histórica* de un hecho después del hecho. Dentro de ese espacio libre de especulación irrefrenable, una de las hipótesis más fascinantes fue decir, por ejemplo, como hizo el paleontólogo francés André Leroi Gourhan, que la civilización, cuyo meollo es la tecnología, puede haber reemplazado la energía biológica (?) que solía impulsar la evolución de nuestra especie, y que eso ha pasado en una época en que la evolución biológica de la especie humana ya se había desacelerado en gran medida y podría, de hecho, haberse detenido.

En ese ambiente técnico, cultural e intelectual, todo lo que tengo esperado modestamente durante los últimos diez años (y tengo ahora 61 años) es que ciertos objetos y situaciones con los cuales me crié y los cuales, por consiguiente, pertenecen a mi ser-en-el-mundo, no desaparezcan bajo la presión de las últimas conquistas evolutivas. También reivindico el derecho (¿moral?) de



ser eximido de la obligación de adoptar toda y cualquier innovación técnica. No necesariamente porque tengo razones profundas para mi resistencia a tanta comunicación, sino porque sus formas y fenómenos me alcanzaron demasiado tarde en la vida, quizás solamente en algunos pocos años para llegar a asimilarlas todas de una manera confortable. Bien sé qué ridículo sería si pretendiera intentar disminuir la velocidad o inclusive detener una tendencia histórica. Lo que deseo es tolerancia cortés cuando doy clases sin utilizar *power point*. Quiero la chance de convencer a mis estudiantes de que puede ser una buena oportunidad para ellos si no cedo a sus exigencias de *utilizar más recursos visuales* en mis clases. El suyo es un mundo de imágenes móviles, más aún que el mío, por lo que confrontarse con esa diferencia puede resultar enriquecedor para ambos lados. En algún punto, quizás, me convenceré de que la disparidad entre mi propio estilo comunicativo y el de mis estudiantes ha llegado a un grado seriamente problemático. Ese será el día de cambiar mi método de enseñar o, más probablemente, de jubilarme. No obstante, me niego a hacer el esfuerzo de adaptarme a un ambiente en el cual no me siento cómodo y que me hace parecer incapaz. Un ejemplo: la enseñanza a distancia trae tantas ventajas potenciales –e, inclusive, valores democráticos– que resultaría inconcebible combatirla activamente. Yo sé, sin embargo, que mi universidad habrá desaparecido el día en que ya no se nos permita sentarnos alrededor de una mesa con nuestros estudiantes (y que no sean en un número demasiado alto). También sé que no tendría éxito –y seguramente no se vería bien– si tomara notas de una clase o una discusión con un laptop sobre mis rodillas. También creo que pasa lo mismo a la mayoría de mis colegas quienes afirman, de forma poco convincente, haber sido paladines tempranos de la revolución electrónica (hace poco tiempo vi a uno de ellos caérsele el laptop de las rodillas tres veces, en el curso de una hora de discusión). Lo que más me despierta temor al utilizar tecnologías comunicativas con las cuales no he crecido es la falta de gracia en mi comportamiento. En otras palabras: la razón más fuerte para mi actitud anti-electrónica es un juicio estético anticipado sobre mí mismo.

3- Existe un repertorio completo de imágenes y configuraciones emblemáticas de un mundo que ha colmado sus zonas vacías con oportunidades



de comunicar facilitadas por la tecnología y, de modo extraño, tales imágenes y configuraciones me sorprenden como emblemas de soledad y aislamiento. La más prominente de todas es la del caminante solitario el cual, a primera vista, parece hablar consigo mismo, a menudo con mucho énfasis y expresividad y también en voz bien alta y, así, parece ajustarse perfectamente a una de las imágenes tradicionales del tonto como la persona que *habla consigo misma*. Como lo sabemos todos, el problema reside en el ojo del observador. Pues, desde el momento en que observamos el indicio de un artefacto de comunicación electrónica alrededor del cuello o detrás de la oreja, lo que era un extraño emblema de la necesidad se convierte en el de alguien que tiene el privilegio de pasar algún tiempo con un ser querido, digamos, en el camino del trabajo. Ahora, supongamos que el ser querido, en el caso específico el del caminante-hablante solitario a quien estamos observando, es su amante. En tal caso, ellos pueden muy bien hacer uso de la comunicación electrónica durante un día de trabajo para aludir a momentos de intensidad erótica de la última noche, que esperan repetir próximamente. Tal intercambio extrae su excitación específica de la construcción de una burbuja de privacidad estática estrictamente flanqueada por las relaciones de negocios más formales y muchas veces más públicas que se puedan concebir. Todavía recuerdo aquel final de una tarde en que me encontraba conduciendo el coche de vuelta a casa, cuando vi que la calle estaba bloqueada por todos los libros y muebles de un colega. Su esposa los había tirado por la ventana después de leer uno de sus mails diarios a sus dos amantes extramatrimoniales (que no sabían una de la otra: una de ellas era profesora y colega suya en la universidad; la otra, una estudiante de graduación), un mail que él, por descuido, había enderezado a su consorte y al rector de la universidad. Dejando posibles interpretaciones freudianas aparte, por ejemplo acerca de un *deseo inconsciente por confesar* que podrían ofrecerse en tal accidente, creo que son los peligros de la contigüidad que prestan un fondo de carga erótica a la soledad de la comunicación electrónica.

Por contraste, nada es menos erótico que esos mails y llamadas de móvil a cónyuges y parientes que más de la mitad de los pasajeros de un vuelo normal sienten la necesidad urgente de hacer en el momento exacto en que tengan la permisión para ello, inmediatamente después del aterrizaje. Esa reacción no es



distinta de la de los fumadores que tratan de agarrar su paquete de cigarrillos tan pronto como hayan llegado a los pocos espacios que quedan en nuestro mundo en los que el humo de cigarrillos no ha sido todavía prohibido. Ambos son síntomas de adicción. Nadie en el aeropuerto necesita enterarse nuevamente de que nuestro avión ha aterrizado, dado que hay una profusión de pantallas en el área de espera, que proveen la información exacta. Tampoco necesitan saber, diez minutos más tarde, que todavía estamos esperando por nuestras maletas en la zona de recogida del equipaje y que aparecieron cuatro minutos después. En el momento en que el pasajero abraza a su mujer puede producirse la sensación de que ya había llegado *demasiado*, que su cuerpo, ora añadido a su mente y voz ya presentes, no tiene sitio existencial.

Ser un medio sin cuerpo y sin espacio y, de este modo, jamás tornarse un fardo ecológico le presta un aura políticamente correcta a la comunicación electrónica, al menos en la percepción de quienes la utilizan agresivamente y eso, desde luego, es un superávit inclusive sobre la tan alabada *comodidad* de los artefactos electrónicos. Si solicitas que se envíen por correo aéreo o terrestre copias en papel porque tus ojos sufren al leer textos largos en la pantalla o porque renuncias al suplicio de imprimir manuscritos interminables, muchas veces tendrás que enfrentarte a una amenaza de rechazo que carga el aura triunfante de la responsabilidad ecológica. Pues ¿quién sería tan valiente y egoísta como para importarle más su propia vista que los árboles que quedan? Por fin, existe esa otra aura, el colmo del aura, producida por el renglón que se lee al final de algunos mensajes electrónicos: "*Sent from my Blackberry*". El diseño aristocrático de ese artefacto, el tono transmitido por las cuatro palabras y el conocimiento de que un Blackberry es la parte del cuerpo del presidente Barack Obama que le confiere la credibilidad de ser contemporáneo y aún futurístico, ese y otros factores pueden unirse para producir un efecto de jerarquía en la comunicación con usuarios de Blackberry. ¿Serán ellos, quizás, los pocos privilegiados que nos hacen saber que están gentilmente disponibles – pero que no se debe abusar de su disponibilidad? Cada vez que recibo un mensaje donde se dice "Enviado por el Blackberry–de alguien", tengo la sensación de estar en el rango inferior de un mensaje regio y que, en vez de contestar, debo aguardar mensajes subsecuentes o inclusive órdenes.



4- No apenas tengo más oportunidades de comunicar de las que jamás había tenido antes, las cuales, si llego a controlarme, pueden quizás ser una bendición y esas oportunidades me ponen al instante a disposición una buena parte de aquellos humanos cuyos segmentos de vida coinciden con el mío, como dos de mis cuatro hijos y mi única nieta que viven en Europa. ¿De qué me quejo, excepto de la victimización que viene del hecho de ser, yo mismo, tan terriblemente disponible? Mi respuesta es que la hipercomunicación carcome aquellos contornos que solían prestar forma, drama, dramaticidad y sabor a mi cotidiano. He aquí un ejemplo: siempre que acepto impartir una conferencia razonablemente bien remunerada ("razonablemente bien remunerada" significando que los organizadores, por el motivo que sea, le dan cierta importancia), me piden, con anticipación, que provea un título y un sumario de proporciones considerables para fines de publicidad (en la mayoría de las veces electrónica). Casi al mismo tiempo, alguien me requiere que ponga a disposición un manuscrito de mi conferencia a aquellos que, por alguna razón, no podrán estar presentes. A más tardar, el día de la conferencia, alguien me va a pedir que firme una autorización para su filmación. Todo eso es en parte lisonjero (uno se siente muy necesario), en parte enervante (especialmente para alguien que basa sus conferencias y clases en menguadas notas escritas a mano, eso es, notas que son normalmente el resultado muy condensado de un largo proceso de reflexión. Pero, de modo general, todas esas intervenciones tienen la tendencia de difuminar esos contornos y nítidas transiciones que solían prestarles el carácter específico de evento a las conferencias en la era pre-electrónica. Quienes asisten a una conferencia, así reza el nuevo ideal, deben hacerlo releendo o re-escuchando un texto que ya es conocido y quienes eligen no asistirle definitivamente no deberían perder la oportunidad de leerlo o escucharlo en un momento posterior. Cuando estamos tan ávidos por hacer nuestra conciencia universalmente disponible terminamos por desplegar nuestra presencia física escasamente: no hay nada más que sea absolutamente nuevo y nada se ha acabado irreversiblemente.

Si la hipercomunicación aplanar la excitación que viene de la discontinuidad implícita en cada comienzo, ella también ablanda el dolor o la



tragedia del desenlace y la separación. Tu novia puede muy bien estar a 1200 kilómetros de distancia (o a diez mil) pero, a diferencia de cuando yo era joven y el teléfono era caro y poco fiable, hoy en día existe la privacidad consoladora de *face book* (si es que realmente produce *privacidad*, tengo que preguntar, admitiendo que nunca lo utilicé). El precio a pagar para ese efecto paliativo es que nuestras ideas, nuestras imaginaciones y nuestros ensueños están cada vez menos donde están nuestros cuerpos. Uno ve a personas que se reúnen en lugares espléndidos el viernes por la noche para que sean arrebatados de allí por una llamada o un mensaje en el instante mismo en que se sienten. Y cuando lleguen a la cita que están ahora mismo concertando, sus mentes estarán, de nuevo, adelante de sus cuerpos.

Juntamente con los contornos característicos de evento y los contrastes existenciales entre presencia y ausencia, privado y público, también perdemos, con tantos *sitios* yuxtapuestos en la red, el sentido de lo que importa y lo que no importa. Claro que algunos sitios reciben mucho más *clicks* que otros, pero la esperanza de que sitios electrónicos de todos los tipos podrán algún día proporcionar la intensidad física e intelectual de una discusión en co-presencia física desapareció hace tiempo. ¿Alguien vio alguna vez un debate verdaderamente bueno en formato electrónico, un debate donde la resistencia argumentativa mutua se transforma en inspiración mutua y en nuevas ideas? Mientras, por un lado, es difícil explicar por qué las discusiones electrónicas producen, cuando mucho, mediocridad espiritual, todos sabemos que eso es así, de algún modo, inevitablemente. Aún en el sitio web de mi mejor amigo me siento solo y lo que pueda sentir allí, jamás trasciende la cercanía de un turista o un voyeur. ¿Hay algo más patético que las decenas de miles (temo que sean cientos de miles) de blogs escritos con tanta autocomplacencia y que permanecerán para siempre no leídos (y deseo añadir que por buenas razones)? La eliminación del riesgo de agarrarse un resfrío en la red se contrapone, por lo menos para mí, a la pérdida de la posibilidad de estallar en lágrimas, sin hablar de las sensaciones de tacto, sabor y olor que no logran afectar.

5- Pero ¿qué quiero realmente, cuál es mi ideal práctico? Un fuerte deseo que tengo es el de continuar ese *grupo de lectura filosófica*, que formamos



nosotros, alrededor de treinta profesores y estudiantes, cuando nos reunimos en Stanford todos los jueves por la noche, durante unas dos o tres horas, con el propósito de discutir, en pequeñas porciones, un único libro filosófico (casi siempre clásico) a lo largo de diez semanas. Sea el texto elegido para el trimestre cercano a mi trabajo corriente o no, la energía de ese grupo de lectura se volvió mi cuerda de salvación intelectual. No obstante, no hay duda de que nuestro grupo de lectura filosófica, a pesar de su intensidad, ha perdido en años recientes participantes importantes, ganados por un gran número de otras oficinas cuya emergencia parece ser alimentada por el gesto electrónico de yuxtaposición.

También guardo un recuerdo mucho más romántico, arcaico e irrealista de un momento que amé, una memoria con la cual estoy obsesionado, una reminiscencia de un mundo que jamás fue mío y que, por ahora, debe haber desaparecido para siempre. Hace 15 años, uno de mis antiguos alumnos me llevó hasta una pequeña ciudad en Louisiana llamada New Iberia, con el propósito de visitar una antigua plantación que se alababa a sí misma de ser "la cuna del primer *blue jeans*". En nuestro camino de vuelta, creo yo, pasamos a lo largo de un pantano donde había dos hombres negros viejísimos mirando el agua. Luego de un par de minutos, uno de esos dos hombres negros viejísimos se dirigió a nosotros para explicarnos, muy educadamente y en un francés salido como por obra de magia de finales del siglo XVII, que los aligátos de hasta tres pies de largo eran muy sabrosos y tiernos, mientras que la carne de aligátos de cuatro pies era dura e incomible. Volví a la bella New Iberia con mi familia cinco o seis años después. Por segunda vez en mi vida, vi el primer par de *blue jeans* y, nuevamente, caminé a lo largo del pantano donde, lo juro, vi los mismos dos negros viejísimos que no habían envejecido y que nos dijeron, con las mismísimas palabras de la primera vez, lo que les pareció que mi familia y yo deberíamos saber sobre las cualidades gastronómicas de aligátos de tres y cuatro pies. Ningún evento en toda mi vida tuvo contornos tan claros y ninguna experiencia es más presente en mi memoria que aquella doble comunicación con los dos hombres negros viejísimos en New Iberia, Louisiana.



6- No podemos evitar *tener* un cuerpo que utilizamos ocasionalmente y cuyos efectos muchas veces ponemos entre paréntesis, pero estamos perdiendo rápidamente la capacidad de *ser* un cuerpo, eso es, la habilidad de dejar que el cuerpo sea una condición de realce de nuestra existencia. Por contraste, nada es más cartesiano, en el sentido de ser sin cuerpo, que todos los diferentes tipos de comunicación electrónica, nada es más perfectamente conectable a nuestra conciencia y nada está más apartado de la dimensión del espacio. Esa es la razón por la cual la hipercomunicación electrónica lleva el proceso de la Modernidad a su insuperable conclusión, como el proceso por el cual el sujeto humano como pura conciencia se emancipó y triunfó sobre el cuerpo humano y todos los otros tipos de *res extensae*. No es que hubiese quedado mucho a la consciencia para conquistar, por lo menos en la cultura *mainstream* occidental antes de que se inventara el primer chip y antes de que se vendieran las primeras computadoras personales. Sin embargo, a fin de tornarse perfecto y, sobre todo, irreversible, el principio democráticamente esclavizante de la disponibilidad universal requirió la reducción de la existencia humana a través de la pantalla de la computadora. Una vez que dentro de esas dimensiones los contornos, discontinuidades y límites tienen la tendencia a disiparse, pasamos la mayor parte de nuestras vidas invariablemente en la misma posición, eso es, frente a la pantalla eterna de la computadora. Estamos ahí mientras cumplimos con nuestras obligaciones profesionales, cuando nos comunicamos con nuestros seres queridos y, sobre todo, cuando se presenta la amenaza de estar solos. Porque hemos permutado el dolor de la soledad causada por la ausencia física por la eterna media-soledad de aquellos que se ponen a sí mismos infinitamente a disposición.

Todo se derrite, todo es *fusión*. No obstante, a despecho de que se hable tanto de eso, no veo nada de *realidades mezcladas* que merezcan ese nombre. Puede ser que todo sea por mi propia culpa, es decir, una consecuencia de mi modo de ser anticuado, cuando insisto en que una percepción sensorial siempre estará separada de un concepto o de un pensamiento. Lo que parece nuevo es que, la mayoría de las veces, no nos concentramos ni en un lado ni en el otro de ese espectro, lo que puede ser la razón por la cual nuestra nueva soberbia esté fundamentada en un tipo particular de estado de alerta necesario para



administrar una existencia de complejas simultaneidades. Mientras escribía el presente texto, una y otra vez verificaba mi bandeja de entrada de mails, y por ser mediados de julio, también me enteré de quien ganó la etapa de hoy del Tour de France (fue el español Alberto Contador para mi gran pesar norteamericano). Esa situación predominante de las realidades humanas del comienzo del siglo XXI converge con la impresión de que el presente *imperceptiblemente corto* de la construcción historicista del tiempo, o sea, la concepción de tiempo que emergió en el comienzo del siglo XIX y que se tornó tan dominante a punto de hacer evidente la tendencia a confundirla con el tiempo en sí mismo, que el presente imperceptiblemente corto característico del cronotopo historicista fue sustituido por un presente de simultaneidades que se ensancha perpetuamente. En el presente electrónico de hoy, no hay nada *del pasado* que haya que dejar atrás ni nada *del futuro* que no se pueda tornar presente por medio de anticipación simulada.

Algunos de nosotros viejos sentimos que eso es simplemente demasiado y que, al mismo tiempo, no es suficiente presencia. Si el proceso de la Modernidad ha sido en gran parte un proceso de desencantamiento, hemos escrito *ahora Re-encantamiento Racional* en nuestros estandartes revolucionarios. Sin embargo, estoy plenamente consciente de que esto no es sino otra revolución de las Panteras Grises*¹

sepp@stanford.edu

Abstract:

In a world saturated with opportunities and (very often) the obligation to communicate with and through electronic devices, this essay is a reflection, with personal undertones, about the blurring of the contours of events and everyday life and about the separation between body and conscience in contemporary life. This process leads to the evanescence of the key difference between absence and presence, which is always connected to the body.

Palabras clave: Hipercomunicación, Medios electrónicos, Cuerpo, Presencia, Disponibilidad.

Key words: Hypercommunication, Electronic Media, Body, Presence, Availability.

¹ *Nota de la traductora: Los Panteras Grises (Grey Panthers) son activistas estadounidenses con una agenda política liberal de izquierda. Personas mayores empezaron el movimiento en 1970, de ahí el nombre de la organización, que alude a su pelo canoso. Luchaban, entonces, contra la discriminación a las personas mayores y por sus derechos civiles.